

SESIONES ORDINARIAS
2000
ORDEN DEL DIA N° 1077

**COMISIONES DE INTERESES MARITIMOS,
FLUVIALES, PESQUEROS Y PORTUARIOS
Y DE RECURSOS NATURALES
Y CONSERVACION DEL AMBIENTE HUMANO**

Impreso el día 13 de octubre de 2000

Término del artículo 113: 25 de octubre de 2000

SUMARIO: **Pedido** de informes al Poder Ejecutivo sobre el conocimiento de la caza de ballenas que realizan buques japoneses en la zona conocida como el Santuario Ballenero del Atlántico Sur. **Atanasof.** (20-D.-2000.)

Dictamen de las comisiones

Honorable Cámara:

Las comisiones de Intereses Marítimos, Fluviales, Pesqueros y Portuarios y de Recursos Naturales y Conservación del Ambiente Humano han considerado el proyecto de resolución del señor diputado Atanasof por el que se solicitan informes al Poder Ejecutivo sobre la actividad de caza de ballenas desarrollada por buques japoneses en el sector conocido como Santuario Ballenero Austral; y, por las razones expuestas en el informe que se acompaña y las que dará el miembro informante, aconsejan la aprobación del siguiente

Proyecto de resolución

La Cámara de Diputados de la Nación

RESUELVE:

Dirigirse al Poder Ejecutivo para que, a través de los organismos pertinentes, informe lo siguiente:

1° – Si se tiene conocimiento de la caza de ballenas que realizan buques japoneses en la zona conocida como el Santuario Ballenero del Atlántico Sur.

2° – Si es cierto que Japón se encuentra dentro del marco legal para la caza de ballenas dentro de la zona indicada.

3° – Qué respuesta se tuvo, de las autoridades de la embajada de Japón, frente al reclamo realizado por el gobierno argentino por la caza de ballenas.

4° – Si es cierto, tal lo afirmado por la primera ministra de Nueva Zelanda, Helen Clark, que el producto de la caza obtenida es vendida en los mercados de Japón.

5° – Qué posición llevará nuestro país al próximo encuentro de la Comisión Ballenera Internacional a realizarse en Australia, con respecto a la “caza científica”.

Sala de los comisionados, 26 de septiembre de 2000.

Carlos Maestro. – Mabel H. Müller. – Jorge A. Obeid. – María del Carmen Linares. – Ernesto A. Löffler. – Omar E. Becerra. – Mario O. Capello. – Guillermo J. Giles. – Diego R. Gorvein. – María del Carmen Alarcón. – Mónica S. Arnaldi. – Fortunato Cambareri. – Héctor J. Cavallero. – Roberto R. De Bariazarra. – Agustín Díaz Colodrero. – Luis M. Díaz Colodrero. – Marcelo L. Dragán. – María R. Drisaldi. – Bárbara I. Espínola. – Nicolás A. Fernández. – Isabel E. Foco. – María E. Herzovich. – Miguel A. Jobe. – Miguel R. Mukdise. – Marta Y. Palou. – Jorge R. Pascual. – Héctor T. Polino. – Hugo D. Toledo. – Luis A. Trejo. – Ricardo N. Vago. – Silvia Vázquez. – Ovidio O. Zúñiga.

INFORME

Honorable Cámara:

Las comisiones de Intereses Marítimos, Fluviales, Pesqueros y Portuarios y de Recursos Naturales y Conservación del Ambiente Humano, al considerar el proyecto de resolución del señor diputado Atanasof, creen innecesario abundar en más detalles que los expuestos en los fundamentos que lo acompañan, por lo que los hacen suyos y así lo expresan.

Carlos Maestro.

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

Una serie de episodios protagonizados por buques pesqueros japoneses de gran porte, que específicamente tienen por objeto la captura de ballenas, y militantes de la organización ecologista Greenpeace tuvieron lugar en nuestro país en el período que medió entre la finalización de las sesiones ordinarias correspondientes al año 1999 y el inicio de las correspondientes al presente año. Subsidiados por el gobierno del Japón, los integrantes de la flota dicen que persiguen un objetivo científico. Para la organización ecologista Greenpeace, que inició una campaña en noviembre del año pasado para alertar sobre la caza, la investigación japonesa es “una farsa, un desprestigio para la comunidad científica”.

Resulta particularmente impactante detenerse en el relato que los integrantes de la organización ecologista hicieron a los medios periodísticos que los consultaron respecto del proceder de los pesqueros japoneses en los días finales de enero del corriente. Así expresaron textualmente que “un ejem-

plar de Minke, la especie más pequeña de las ballenas, nada para curiosar a uno de los cinco barcos que circulan por el Santuario Ballenero Austral, en aguas antárticas. Pero, al rato, siente un arpón con una granada que explota en sus entrañas. Su cuerpo es arrastrado cerca de un barco arponero y recibe un shock eléctrico que concluye su muerte”.

Así, con esa modalidad de caza, una flota de cinco embarcaciones seguirá capturando esta temporada hasta llegar a unos 400 animales, como lo hace desde 1987. La tripulación de treinta y un ecologistas de diferentes nacionalidades ha obstaculizado por momentos las capturas cerca de la Antártida. Y ha reactivado la discusión internacional sobre las ballenas, un debate que pone en juego miradas culturales, ecológicas y diplomáticas.

Japón dice desplazarse en la legalidad, pero ha recibido presiones. Los gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Brasil, Nueva Zelanda y Australia le pidieron que suspenda su programa de caza ballenera en la Antártida.

También el gobierno argentino, a través de la Cancillería, se sumó al reclamo. Convocó a autoridades de la embajada del Japón en la Argentina y les “urgió a no cazar ballenas”, argumentando que los 400 ejemplares “no responden a necesidades críticas de la investigación”. La primera ministra de Nueva Zelanda, Helen Clarck, dijo la semana pasada que no acepta el argumento de que se persiguen fines científicos. “Es sabido que la carne obtenida termina siendo vendida en los mercados de Japón. Las ballenas fueron el blanco de una industria que se montó a partir del siglo XIX y se desarrolló con el mismo frenesí que animó al capitán Ahab, quien en la persecución obsesiva de Moby Dick –el cachalote más grande y majestuoso de todos, de la novela de Herman Melville de 1851– perdió una pierna en el combate y, después, la vida”.

El desenfreno llevó a que la mayoría de estos mamíferos acuáticos estuviera al borde de la extinción durante la centuria pasada. Hasta que distintas regulaciones vinieron a poner coto. Desde 1986, la caza comercial de todas –desde la Minke, que anda por todos los mares hasta la ballena franca austral, que se ve en la zona de península Valdés– está prohibida. Pero, Japón, Noruega, Islandia, Rusia, Corea y poblaciones indígenas de otros países han llegado a matar más de 21.760 animales desde el momento de la prohibición establecida por la Comisión Ballenera Internacional (IWC), la institución formada por 39 países que se encarga de regular la caza de los cetáceos.

A su vez, en 1994 se creó el Santuario Ballenero Austral, una zona de protección de 50 millones de kilómetros cuadrados alrededor de la Antártida, en la que ahora la flota japonesa continúa arremetiendo contra la Minke, la única especie de ballena que no está en peligro de extinción.

Ray Gambell, el secretario de la Comisión Ballenera Internacional, en Cambridge, en el Reino Uni-

do, expresó que "la captura de ballenas Minke por Japón no es ilegal, porque cuenta con un permiso para cazar con propósitos científicos".

Gambell consideró que la matanza de unos 400 animales por año se justifica en la medida en que "Japón ha calculado que la investigación aportará resultados estadísticamente significantes al realizarse a lo largo de dieciséis años".

Sin embargo, desde el otro costado de la disputa se dice que "si bien la especie no está en peligro, la cuestión es que Japón está violando la naturaleza del santuario, que se creó para restablecer el equilibrio ecológico que hubo en la Antártida hace 200 años", dijo Hugo Castello, del Laboratorio de Mamíferos Marinos del Museo Argentino de Ciencias Naturales, en Buenos Aires.

Castello cuestionó la actitud japonesa afirmando que "si fuera una caza verdaderamente científica no deberían vender la carne de ballena en el mercado. Además si los japoneses ya hicieron un relevamiento de la Minke que detectó que había 750 mil ejemplares, ¿para qué quieren seguir investigando?". Por su parte, Milko Schwartzman, uno de los tripulantes argentinos del barco de Greenpeace en aguas antárticas, aseguró que "Japón sólo quiere sobreexplotar económicamente el mar ya que no necesita cazar ni siquiera por una cuestión cultural". Y como reafirmación de sus dichos explicó que si estuvieron hasta el siglo XIX sin capturar ballenas, quiere decir que pueden seguir viviendo sin hacerlo".

Para Claudio Campagna, biólogo del Centro Nacional Patagónico del Conicet, en Puerto Madryn, "el consumo de ballena Minke, un producto que hoy es de lujo, no constituye una necesidad nutritiva ineludible para la población del Japón".

Desde los Estados Unidos, Bernardo Wuersig, biólogo de la Universidad Texas A&M, estimó que "la caza científica es desafortunada porque -aunque pequeña- deja abierta la posibilidad para que las capturas masivas aumenten en el futuro. Y eso es peligroso".

El prestigioso especialista Erich Hoyt, de la Sociedad Internacional de Cetáceos, consideró que el programa de caza científica japonés "debería ser condenado" en tanto desafía el deseo de la comunidad internacional que quiere que las ballenas Minke no sean cazadas y que la zona austral sea un santuario. Hoyt sugirió que la Comisión Ballenera Internacional deberá reexaminar en su próximo encuentro en Australia qué debe entenderse por "caza científica".

Sin embargo, mencioné una serie de incidentes producidos, porque los sucesos entre ambos bandos comenzaron pocos días antes de la Navidad pasada, cuando miembros de la organización ecologista Greenpeace consiguieron interferir y demorar a una flota japonesa que cazaba ilegalmente ballenas en una zona marítima cercana a la Antártida. Lo hicieron por medio de un operativo que buscó obli-

gar a que Japón detuviera la cacería, e incluyó una arrojada maniobra por la cual uno de los activistas saltó sobre una ballena capturada.

La zona en la que se dio el operativo forma parte del Santuario Ballenero Austral, en la que, como expresé anteriormente, está prohibida la caza comercial de las ballenas. La flota japonesa, integrada por tres barcos arponeros, uno dedicado a la factoría y otro a la vigilancia, partió el 8 de noviembre desde Tasmania, según los informes periodísticos que reflejaron el caso en aquel momento. Diez días después, zarpó también el barco rompehielos "MV Arctic Sunrise", que pertenece a Greenpeace, con 22 tripulantes de distintas nacionalidades y edades. Y navegó hacia la Antártida.

El argentino Milko Schwartzman, uno de los tripulantes, contó a los medios que lo requirieron que por radar se detectó la ubicación de la flota japonesa en la zona del Santuario Ballenero Austral. Y hacia ella salieron el domingo un bote inflable y un helicóptero que estaban en el rompehielos de la organización ecologista.

Cuando después de dos horas el bote llegó al lugar, los tripulantes de la flota japonesa estaban tratando de pasar a una ballena cazada y muerta desde el barco arponero al barco factoría. A la una de la madrugada de ese 21 de diciembre, el bote inflable de Greenpeace se interpuso entonces entre los dos barcos japoneses.

Luego, un activista holandés, Frank Kamp, de 36 años, saltó del bote y se metió en las frías aguas antárticas, haciendo que el barco factoría cambiase la dirección de su curso. Volvió a la embarcación y se tiró sobre la parte posterior de la ballena que había recibido un arpón.

Mientras, los tripulantes de la flota japonesa respondieron lanzando agua por mangueras de alta presión contra el bote inflable y el helicóptero que volaba sobre la zona. Al final, los ecologistas consiguieron demorar el traspaso del animal, un logro que hizo que ese día la flota japonesa sólo cazase 4 ballenas, mientras venía capturando entre 10 y 12 ejemplares por día.

Según Schwartzman, la flota viene concentrándose cada temporada, en la caza de la Minke antártica, que es la especie más pequeña de todas las ballenas. Mide como máximo 12 metros, pesa 9 toneladas y es la única especie de ballena que no está al borde de la extinción definitiva. Las 440 ballenas que cada temporada caza la flota japonesa en la misma zona le reeditúan unos 100 millones de dólares anuales, después de vender la carne como producto de lujo en restaurantes y pescaderías de tierras niponas, informó el activista argentino, que tiene 24 años.

La flota japonesa dice que persigue un "objetivo científico" con la captura de ballenas. Pero, según Greenpeace, su verdadero objetivo es comercial. Con el operativo cercano a la Antártida, la organización verde hizo un llamado a todos los gobiernos para que presionen al gobierno japonés en pos de

detener la caza de ballenas. Schwartzman remarcó que el gobierno argentino “tiene parte de responsabilidad en este hecho, en la medida que nuestro país aceptó que se crease el Santuario Ballenero Austral”. Y agregó: “La Cancillería debería reclamarle a Japón que cese la caza ilegal de ballenas”.

Si bien con posterioridad a la actuación de los militantes de Greenpeace se produjeron los reclamos que éstos enarbolaban como actitud a asumir por los gobiernos en cuyos mares jurisdiccionales se produce esta caza indiscriminada de ballenas, la necesidad de conocer la realidad de esta práctica, así como de establecer qué suerte corrió la reclamación de nuestro país, sumada a la de otros gobiernos, me impelen a solicitar la aprobación del presente proyecto.

Alfredo N. Atanasof.

ANTECEDENTE

Proyecto de resolución

La Cámara de Diputados de la Nación

RESUELVE:

Dirigirse al Poder Ejecutivo para que en cumplimiento de lo normado por el artículo 100, inciso 11 de la Constitución Nacional, informe:

1) Si tiene conocimiento de la actividad de caza de ballenas que cumplen buques japoneses en la zona conocida como el Santuario Ballenero Austral, creada en 1994 como una zona de protección de 50 millones de kilómetros cuadrados alrededor de la

Antártida para restablecer el equilibrio ecológico que hubo en esa zona hace 200 años.

2) Si Japón asegura manejarse dentro del marco legal, aunque ha recibido presiones de los gobiernos de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Brasil, Nueva Zelanda y Australia que le pidieron que suspenda su programa de caza ballenera en la Antártida.

3) Qué efectividad tuvo el reclamo del gobierno argentino, que a través de la Cancillería, se sumó al reclamo convocando a autoridades de la embajada del Japón en la Argentina urgiéndolas a no cazar ballenas, argumentando que los 400 ejemplares capturados anualmente no responden a necesidades críticas de investigación.

4) Si, tal lo afirmado por la primera ministra de Nueva Zelanda, Helen Clarck, la carne obtenida termina siendo vendida en los mercados de Japón.

5) Si, tal lo afirmado por el especialista Erich Hoyt, de la Sociedad Internacional de Cetáceos, el programa de caza científica japonés “debería ser condenado” en tanto desafía el deseo de la comunidad internacional que quiere que las ballenas Minke no sean cazadas y que la zona austral sea un santuario.

6) Posición que llevará nuestro país al próximo encuentro de la Comisión Ballenera Internacional a realizarse en Australia en el que el mencionado Hoyt aseguró que deberá reexaminarse qué debe entenderse por “caza científica”.

Alfredo N. Atanasof.